Cuadernos de reflexión No. 3

TOLERANCIA

Y

RESPONSABILIDAD INTELECTUAL

KARL POPPER

PRESENTACIÓN

La pertinencia de un ensayo como éste de Karl Popper, que hoy presentamos, no podría ser mejor en los momentos cruciales que vive Venezuela. Porque en esta conferencia el gran filósofo inglés, el brillante autor de *La Sociedad Abierta y sus Enemigos*, aborda el decisivo problema de la relación entre la Ética y la Racionalidad. Un tema esencial que cada vez cobra más vigencia en la filosofía contemporánea.

Cabe entonces abordar la lectura de esta monografía tal como Popper hubiese querido que la abordáramos; con espíritu crítico, con el explícito afán de aproximarnos cada vez un poco más a las complejas relaciones que existen entre esas dos dimensiones claves del Ser Humano: la ética y la lógica; las valoraciones morales y el pensamiento racional.

Dos breves comentarios nada más al respecto:

1) La tesis fundamental de Popper en el terreno de la racionalidad y del conocimiento, aquella según la cual la verdad es objetiva y atañe a "la correspondencia del contenido de un enunciado con los hechos", plantea problemas muy serios cuando, a partir de ella, se intenta establecer una relación profunda con la ética. ¡Porque en los hechos jamás podremos descubrir la más mínima manifestación o expresión de la ética! ¡Porque en el mundo exterior a nuestro conocimiento, esto es, en los hechos que dicho conocimiento pretende captar, no podremos encontrar -o descubrir- jamás el más elemental atisbo de moralidad!.

De alguna manera, la ética es intrínseca al espíritu humano. No se trata de descubrirla en el mundo, ¡sino de ponerla en él!. Ni se trata tampoco de descubrirla o conocerla en nuestro espíritu, como si fuese un "hecho". La moral es la capacidad trascendente que los humanos tenemos, ni siquiera para escoger lo bueno o lo justo, sino para poner -o imponer- en el mundo lo bueno y lo justo. Entre las cosas y los animales no existen ni la bondad, ni la justicia, ni mucho menos "el amor al prójimo". Estos sólo pueden advenir al mundo si el espíritu humano -libremente- los pone.

Popper tiene toda la razón al insistir en que el conocimiento, en cualquiera de sus formas, pero más específicamente aún el conocimiento racional, tiene que mantenerse adscrito a los hechos. Y su gran aporte a la Civilización Occidental reside allí, en la *racionalidad crítica*, es decir, en la necesidad de revisar permanentemente esa "correspondencia entre los enunciados y los hechos". Pero allí, precisamente allí, en lugar de terminar, empieza el problema ético. Porque en lugar de encontrar éste una solución adecuada, empiezan allí sus inmensas dificultades. Porque -repetimos a riesgo de fastidiar- los hechos nada nos dicen acerca de la moral.

2) En estrecha relación con el planteamiento anterior, cabe mencionar la que tal vez constituye la idea básica de la filosofía de David Hume; uno de los pensadores escépticos mencionados por Popper en su conferencia. Sin duda el más grande dentro de esa corriente en la cual se alinean Jenófanes, Sócrates, Erasmo, Montaigne, Voltaire y Locke.

Hume, a mediados del siglo XVIII -y para decirlo de manera exagerada- partió la historia de la filosofía occidental en dos etapas claramente diferenciadas. Y lo hizo con una idea contundente y demoledora, trágica en el sentido estricto de esta palabra**: "El Ser Humano no tiene ninguna posibilidad de deducir el deber ser a partir del ser".** En otras palabras: ¡la moral no se conecta -racionalmente al menos- con el pensamiento racional!. Que es el núcleo duro, el escollo esencial, el reto supremo que el escepticismo le puso por delante al hombre.

Hasta 1739 -fecha en la que Hume publica la primera versión de su obra fundamental, el *Tratado sobre la Naturaleza Humana*-, Occidente, mantuvo viva la esperanza de que el deber ser, esto es, las valoraciones morales, de alguna manera -racional, repetimos- se conectasen con "los hechos", con la realidad objetiva a la que el hombre se enfrenta. Con aquella que su conocimiento le permita captar, **y con la cual éste debe mantenerse en correspondencia**.

A partir de 1739, en cierta forma, empezó el Apocalipsis, la batalla final, el Armagedón de la filosofía occidental. Porque si llega a "comprobarse" que, efectivamente, no hay forma de deducir racionalmente el *deber ser* a partir del *ser* la cultura judeo-cristiana y, sobre todo, greco-romana, confrontaría problemas graves.

Y, en efecto, tenemos 250 años tratando de recuperarnos de ese golpe, de restañar esa herida, de tapar ese hueco que semejante torpedo le produjo a nuestra cultura por debajo de la línea de flotación.

Porque, tal vez, de lo que se trate sea de que toda la problemática moral de los últimos dos siglos, toda esa profunda crisis ética que vive la Civilización Occidental, el cliché supremo de la "pérdida de los valores", no sea en el fondo sino la expresión clarísima de que el viejo Hume tenía toda la "razón". Que no hay manera racional de deducir el *deber ser* a partir del *ser*.

Karl Popper, y su vital noción del Racionalismo Crítico, constituyeron, hasta nuevo aviso el último esfuerzo que la filosofía occidental hizo para salvar una conexión coherente, una correspondencia mínima, entre la ética y la lógica. Lamentablemente, fue un esfuerzo que tuvo lugar después que Kant, Hegel, Nietzsche, Husserl, Heidegger y Wittgenstein habían fracasado en el intento. Es decir, en el esfuerzo por resolver el enigma que Hume nos legara.

Emeterio Gómez
Comité Académico CEDICE

TOLERANCIA
Y
RESPONSABILIDAD INTELECTUAL

(Robado de Jenófanes y de Voltaire)
Karl Popper

Me han pedido que repita aquí hoy una conferencia que ofrecí en Tübingen, sobre el tema "Tolerancia y responsabilidad intelectual". La conferencia está dedicada a la memoria de Leopold Lucas, un estudioso, historiador, hombre de tolerancia y humanidad que llegó a ser víctima de intolerancia e inhumanidad.

En diciembre de 1942, a los setenta años de edad, el doctor Leopold Lucas y su esposa fueron internados en el campo de concentración de Theresienstadt, donde ofició de rabino, una tarea inmensamente difícil. El doctor Lucas falleció allí diez meses después. Dora Lucas, su esposa, estuvo recluida en Theresienstadt otros trece meses, pero pudo trabajar de enfermera. En Octubre de 1944 fue deportad a Polonia, junto a otros 18.000 presos. Allí fue ejecutada.

Fue un destino terrible, y fue el destino de innumerables seres humanos; personas que amaban a otras personas, que intentaban ayudar a los demás; que eran queridas por otras personas y a las que otros intentaron ayudar. Pertenecían a familias que fueron desmembradas, destruidas y exterminadas.

No es mi intención hablar aquí de estos pavorosos acontecimientos. Todo lo que uno pueda intentar decir -o incluso pensar- parece siempre un intento por empequeñecer unos hechos difíciles de imaginar.

CAPÍTULO I

Pero el horror continúa. Los refugiados de Vietnam, las víctimas de Pol Pot en Camboya, las víctimas de la revolución en el Irán, los refugiados de Afganistán y los refugiados árabes de Israel; una y otra vez, niños, mujeres y hombres se convierten en víctimas de fanáticos enloquecidos.

¿Qué podemos hacer para evitar estos acontecimientos monstruosos? ¿Podemos hacer algo?.

Mi respuesta es que sí. Creo que es mucho lo que nosotros podemos hacer. Cuando digo "nosotros" me refiero a los intelectuales, a seres humanos interesados en las ideas; en especial a los que leen y, en ocasiones, escriben.

¿Por qué creo que nosotros, los intelectuales, podemos ayudar? Sencillamente porque nosotros, los intelectuales, hemos hecho el más terrible daño durante miles de años. Los asesinatos en masa en nombre de una idea, de una doctrina, una teoría o una religión fueron obra nuestra, invención nuestra, de los intelectuales. Sólo con que consiguiésemos dejar de enfrentar a unos hombres con otros -a menudo con las mejores intenciones- ganaríamos mucho. Nadie puede decir que no podemos dejar de hacerlo.

El más importante de los diez Mandamientos es el de "No matarás". Contiene casi toda la ética. La forma en que, por ejemplo, Schopenhauer formula la ética no es más que una extensión de este mandamiento, el más importante. La ética de Schopenhauer es sencilla, directa y clara. Dice así: No hagas daño a nadie, sino ayuda a todos, siempre que puedas.

Pero, ¿qué sucedió cuando Moisés descendió por vez primera con las tablas de piedra del Monte Sinaí, antes de que pudiese incluso anunciar los Diez Mandamientos? Había sido testigo de una horrible herejía, la herejía del becerro de oro. En este momento se olvidó por completo del mandamiento "No matarás", y exclamó: (Éxodo, 32):

> "¿Quién está del lado del Señor? Quien lo esté, únase conmigo… Y les dijo: "Así habla Yahvé, Dios de Israel; cíñase cada uno su espada sobre su muslo… pasad y repasad el campamento de la una a la otra puerta y mate cada uno a su hermano, a su amigo, a su deudo…"

Y perecieron aquel día unos tres mil del pueblo" (1)

Quizás éste fue el comienzo. Pero lo cierto es que las cosas siguieron yendo así, en la Tierra Santa, y luego en Occidente. Y especialmente en Occidente, después que el cristianismo hubiese alcanzado el estatus de religión oficial. Se convirtió en una historia terrible de persecución religiosa, persecución en aras de la ortodoxia. Más tarde -sobre todo en los siglos XVII y XVIII- otras ideologías compitieron en la justificación de la persecución, la crueldad y el terror: el nacionalismo, la raza, la ortodoxia política y otras religiones.

Tras las ideas de ortodoxia y herejía están ocultos hasta los vicios más insignificantes, vicios a los que son especialmente propensos los intelectuales: arrogancia, autosatisfacción rayana en el dogmatismo, vanidad intelectual. Todos estos vicios son pequeños, y no mayores como la crueldad.

CAPÍTULO II

"El título de mi conferencia "*Tolerancia y responsabilidad intelectual"*, alude a un argumento de Voltaire, el padre de la Ilustración, un argumento en defensa de la tolerancia. Voltaire se pregunta "¿Qué es la tolerancia"?, y responde (traduzco libremente):

> Tolerancia es la consecuencia necesaria de constatar nuestra falibilidad humana: errar es humano, y algo que hacemos a cada paso. Perdonemos pues nuestras mutuas insensateces. Éste es el primer principio del derecho natural.

Aquí Voltaire apela a nuestra honestidad intelectual: debemos admitir nuestros errores, nuestra falibilidad, nuestra ignorancia.

Voltaire sabe bien que existen fanáticos totalmente convencidos. Pero, ¿es verdaderamente sincera su convicción? ¿Se han examinado honestamente a sí mismos, sus creencias y las razones para mantenerlas? ¿No es la actitud autocrítica parte de la honestidad intelectual? ¿No es a menudo el fanatismo un intento de sofocar nuestra propia incredulidad no admitida que hemos reprimido, y de la cual somos por tanto sólo medioconscientes?.

La apelación de Voltaire a nuestra modestia intelectual y sobre todo su apelación a nuestra honestidad intelectual causaron una gran impresión en los intelectuales de la época. Yo desearía reiterar hoy aquí esta apelación.

La razón aducida por Voltaire en apoyo de la tolerancia es que todos hemos de perdonarnos mutuamente las insensateces. Pero para Voltaire -y con razón-, hay una insensatez, la intolerancia, difícil de tolerar. En realidad, es aquí donde encuentra su límite la tolerancia. Sin concedemos a la intolerancia el derecho a ser tolerada, destruimos la tolerancia, y el Estado constitucional. Éste fue el destino de la República de Weimar.

Pero además de la intolerancia, hay otras insensateces que no debemos tolerar; ante todo, la insensatez que lleva al intelectual a seguir la última moda; una insensatez que ha llevado a muchos a adoptar un estilo oscuro, impresionante, aquel estilo críptico que Goethe criticó de forma tan devastadora en el *Fausto* (por ejemplo, la tabla de multiplicar de la bruja). Los intelectuales deberían dejar de admirar -y tolerar- ese estilo, el estilo de las palabras grandes y oscuras, palabras rimbombantes e incomprensibles. Es una irresponsabilidad intelectual, que socava el sentido común y destruye la razón. Esto es lo que hace posible la filosofía que se ha denominado *relativismo*; una

filosofía consistente en la tesis de que todas las tesis son más o menos igualmente, defendibles desde el punto de vista intelectual. ¡Vale todo! La tesis del *relativismo* lleva así a la anarquía, a la ilegalidad, y al imperio de la violencia.

El tema de mi conferencia, la tolerancia y la responsabilidad intelectual, me ha llevado así a la cuestión del relativismo.

En este punto desearía comparar el relativismo con una posición que casi siempre se confunde con él, pero de hecho es totalmente diferente. A menudo he denominado a esta posición *pluralismo*; pero esto no ha hecho más que causar equívocos. Por ello, la voy a denominar aquí *pluralismo crítico*. Mientras que el relativismo, que parte de una forma laxa de tolerancia, conduce al imperio de la violencia, el pluralismo crítico puede contribuir a domesticar la violencia.

El relativismo es la posición según la cual puede afirmarse todo, o prácticamente todo, y por lo tanto, nada. Todo es verdad, o bien nada. La verdad es por lo tanto un concepto carente de significado.

El pluralismo crítico es la posición según la cual debe permitirse la competencia de todas las teorías -cuantos más, mejor- *en aras de la búsqueda de la verdad*. Esta competencia consiste en la discusión racional de las teorías y en su examen crítico. La discusión debe ser racional, lo cual significa que debe tener que ver con la verdad de las teorías en concurrencia: será mejor la teoría que, en el curso de la discusión crítica, parece estar más cerca de la verdad, y la teoría mejor es la que sustituye a las teorías inferiores. Por eso, lo que está en juego es la cuestión de la verdad.

CAPÍTULO III

La idea de verdad objetiva y la idea de búsqueda de la verdad tienen aquí una importancia decisiva.

El primer pensador en desarrollar una teoría de la verdad, y de vincular la idea de verdad objetiva a la idea de nuestra falibilidad humana básica, fue el presocrático Jenófanes. Jenófanes nació el 571 antes de Cristo en Jonia. Asia Menor, y fue el primer griego en escribir crítica literaria, el primer filósofo moral, el primero en desarrollar una teoría crítica del conocimiento humano y el primer monoteísta especulativo.

Jenófanes fue el fundador de una tradición, una forma de pensamiento, a la que han pertenecido, entre otros, Sócrates, Erasmo, Montaigne, Locke, Hume, Voltaire y Lessing.

En ocasiones, se la denomina “escuela escéptica”. Sin embargo, esta denominación puede fácilmente inducir a equívocos, El *Concise Oxford Dictionary* dice, por ejemplo: “Escéptico… persona que duda de la verdad de…

las doctrinas religiosas, agnóstico… ateo;… o que adopta opiniones cínicas". Pero la palabra griega de la que deriva el término significa (según nos informa el *Oxford Dictionary*) "examinar", "indagar", "reflexionar", "buscar".

Entre los escépticos (en la acepción tradicional del término) hubo sin duda muchas personas dubitativas y quizá también desconfiadas, pero probablemente la iniciativa fatal de identificar los términos "escépticos" y "dubitativo" fue una artera iniciativa de la escuela estoica, que deseaba ridiculizar a sus rivales. En cualquier caso, los escépticos Jenófanes, Sócrates, Erasmo, Montaigne, Locke, Voltaire y Lessing fueron todos teístas o deístas. Lo que tienen en común todos los miembros de esta tradición escéptica - incluido Nicolás de Cusa, un cardenal, y Erasmo de Rotterdam- y que yo comparto con esta tradición, es el hecho de subrayar nuestra *ignorancia* humana. Esto tiene unas importantes consecuencias éticas: *tolerancia*, pero no tolerancia de la intolerancia, de la violencia o la crueldad.

Jenófanes fue de profesión rapsoda. Fue discípulo de Homero y Hesíodo, y criticó a ambos. Su crítica fue de tipo ético y pedagógico. Se opuso a la información de Homero, según la cual los dioses robaban, mentían y cometían adultero, lo que le llevó a criticar la doctrina homérica de los dioses. El resultado importante de esta crítica fue el descubrimiento de lo que hoy se llamaría antropomorfismo: el descubrimiento de que no había que tomarse en serio las narraciones griegas sobre los dioses, porque representaban a los dioses como seres humanos. En este punto, puedo citar algunos de los argumentos versificados de Jenófanes (en traducción mía, casi literal): (2).

> *Los etíopes afirman que sus dioses tienen nariz chata y piel negra, mientras que los tracios dicen que los suyos son de ojos azules y pelirrojos.*
> *Pero si los bueyes, caballos o leones tuviesen manos y pudiesen dibujar, y esculpir como los hombres, los caballos dibujarían a sus dioses como caballos, y los bueyes como bueyes, y cada una dibujaría los cuerpos de los dioses a la imagen y semejanza de su especie.*

Jenófanes se planteó un problema con este argumento: ¿cómo hemos de concebir a los dioses ante esta crítica del antropomorfismo? Tenemos cuatro fragmentos que contienen una parte importante de esta respuesta. La respuesta es monoteísta, aunque Jenófanes, como Lutero cuando tradujo el primer Mandamiento, se refugia utilizando "dioses" en plural en la formulación de su monoteísmo:

> *Un dios, uno sólo entre los dioses y entre los hombres,*
> *es el más grande.*
> *No se asemeja a los mortales ni por su cuerpo ni por*
> *su pensamiento.*
> *Siempre permanece inmóvil en un lugar, sin moverse nunca.*
> *Tampoco le es propio deambular, de aquí para allá.*
> *Sin esfuerzo reina en soberano sobre todo, por su mero pensamiento e intención.*
> *Todo él ve, todo él piensa y todo él oye. (3)*

Éstos son los fragmentos que representan la teología especulativa de Jenófanes.

Está claro que esta teoría totalmente nueva fue para Jenófanes la solución a un difícil problema. De hecho, fue para él la solución al mayor de todos los problemas, el problema del Universo. Nadie que sepa algo sobre la psicología del conocimiento puede dudar de que su creador debe haber considerado esta nueva idea como una revelación.

A pesar de esto, dijo Jenófanes, de forma clara y honesta, su teoría no era más que una merca conjetura. Esto fue una inigualable victoria de la autocrítica, una victoria de su honestidad intelectual y de su modestia.

Jenófanes generalizó esta autocrítica de una manera que, según pienso, fue característica de él: le parecía claro que aquello que había descubierto acerca de su propia teoría -que no era más que conjetura a pesar de su fuerza de persuasión intuitiva- debía ser cierto de todas las teorías humanas: todo es conjetura y sólo conjetura. Esto revela, en mi opinión, que no le resultó fácil concebir su propia teoría como una conjetura.

Jenófanes formuló su teoría crítica del conocimiento
-todo es conjetura- en seis hermosos versos:

Pero respecto a la verdad certera, nadie la conoce,
Ni la conocerá; ni acerca de los dioses,
Ni sobre todas las cosas de las que hablo.
E incluso si por azar llegásemos a expresar
La verdad perfecta, no lo sabríamos:
Pues todo no es sino un entramado de conjeturas.

Estos seis versos contienen algo más que una teoría de la incertidumbre del conocimiento humano. Contienen una *teoría del conocimiento objetivo*. Pues aquí Jenófanes nos dice que, si bien algo que digo puede ser verdad, ni yo ni nadie *sabrá* que lo es. Sin embargo, esto significa que la verdad es objetiva: la verdad es la correspondencia de lo que digo con los hechos; *tanto si en realidad sé o no sé* que existe la correspondencia.

Además, estos seis versos contienen otra teoría muy importante. Contienen una pista sobre la diferencia entre *verdad* objetiva y *certeza* subjetiva del conocimiento. Los seis versos afirman que, aún cuando yo proclamo la más perfecta verdad, no puedo saberlo con certeza. Pues no existe un criterio infalible de verdad: nunca, o casi nunca, podemos estar seguros de que no estamos equivocados.

Pero Jenófanes no era un pesimista epistemológico. Era un indagador; y durante el curso de su larga vida consiguió, por medio del examen crítico, mejorar muchas de sus conjeturas, y más especialmente sus teorías científicas. Éstas son sus palabras:

Los dioses no nos revelaron, desde los inicios,
Todas las cosas; pero con el paso del tiempo,
Indagando, podemos aprender, y conocer mejor
Las cosas.

Jenófanes también explica qué entiende por "conocer mejor las cosas": se trata de la aproximación a la verdad objetiva, la aproximación a la verdad, la semejanza con la verdad. Así, de una de sus conjeturas, afirma:

Estas cosas -podemos conjeturar- se parecen a la verdad.

Es posible que en este fragmento el término "conjetura" aluda a la teoría monoteísta de la verdad de Jenófanes.

En la teoría de la verdad y del conocimiento humano de Jenófanes podemos encontrar los siguientes elementos:

1. Nuestro conocimiento consiste en enunciados.
2. Los enunciados son verdaderos o falsos
3. La verdad es objetiva. Es la correspondencia del contenido de un enunciado con los hechos.
4. Incluso cuando expresamos la verdad más perfecta, no podemos saberlo, es decir, no podemos saberlo de forma cierta.
5. Dado que, en el sentido usual del término, "conocimiento" es "conocimiento cierto", no puede haber conocimiento. Sólo puede haber *conocimiento por conjetura*: "Pues todo no es más que un entramado de conjeturas".
6. Pero en nuestro conocimiento por conjetura puede haber progreso hacia algo mejor.
7. Un conocimiento mejor es una mejor aproximación a la verdad.
8. Pero siempre sigue siendo conocimiento por conjetura, un entramado de conjeturas.

Para comprender la teoría de la verdad de Jenófanes es importante subrayar que Jenófanes distingue claramente entre verdad objetiva y certeza subjetiva. La verdad objetiva es la correspondencia de un enunciado con los hechos, tanto si lo sabemos -lo sabemos con certeza- como si no. Así, no hay que confundir la verdad con la certeza o con el conocimiento objetivo. Quien sabe algo con certeza, conoce la verdad. Pero a menudo sucede que alguien conjetura algo sin saberlo con certeza; y que su conjetura es realmente verdadera, pues corresponde con los hechos. Jenófanes deduce correctamente que existen muchas verdades -y verdades importantes- que nadie conoce con certeza; y que hay muchas verdades que nadie puede conocer, aún cuando alguno pueda tener una conjetura sobre ellas. Y deduce además que existen verdades que nadie puede siquiera conjeturar.

En realidad, en cualquiera de los lenguajes en que podemos hablar de la secuencia infinita de números naturales, existe una variedad infinita de enunciados claros y definidos. Cada uno de estos enunciados es verdadero o falso o, si es falso, su negación es verdadera. Por ello, hay infinitas

proposiciones verdaderas y diferentes. Y de ello se sigue que hay infinitas proposiciones verdaderas que nunca podremos conocer: infinitas verdades incognoscibles.

Incluso en la actualidad hay muchos filósofos que piensan que la verdad sólo puede ser significativa para nosotros si la poseemos; es decir, la conocemos con certeza. Pero el conocimiento de la existencia de conocimientos por conjetura tiene una gran importancia. Hay verdades a las que sólo podemos aproximarnos mediante una laboriosa búsqueda. Nuestra senda se abre paso, casi siempre, por medio del error. Y sin verdad no puede existir error (y sin error no existe falibilidad).

CAPÍTULO IV

Algunas de las ideas que acabo de describir me resultaban más o menos claras, incluso antes de leer los fragmentos de Jenófanes; quizás de otro modo no las habría entendido. Gracias a Einstein comprendí claramente que nuestro mejor conocimiento es conocimiento por conjetura, que es un entramado de conjeturas. Fue Einstein quien señaló que la teoría newtoniana de la gravitación -al igual que la suya propia- es conocimiento por conjetura, a pesar de su inmenso éxito; y, al igual que la teoría de Newton, la propia teoría de Einstein parece ser sólo una aproximación a la verdad.

No creo que la significación del conocimiento por conjetura me hubiese quedado clara nunca sin la obra de Newton y Einstein; y me pregunté entonces cómo pudo haber estado claro para Jenófanes, hace 2.500 años. Quizá la respuesta sea que Jenófanes empezó aceptando la imagen del universo de Homero, igual que yo acepté la imagen del universo de Newton. Posteriormente, tanto él como yo pusimos en cuestión nuestras respectivas creencias iniciales: él mediante su propia crítica de Homero, y yo mediante la crítica de Newton por Einstein. Al igual que Einstein, Jenófanes sustituyó por otra la imagen del universo objeto de crítica; y ambos fueron conscientes de que su imagen del universo era simplemente conjetura.

La constatación de que Jenófanes había adelantado mi teoría del conocimiento por conjetura 2.500 años antes me enseñó a ser modesto. Pero también la idea de modestia intelectual fue anticipada casi otro tanto. Procede de Sócrates.

Sócrates fue el segundo fundador, y mucho más influyente, de la tradición escéptica. Fue él quien enseñó que sólo es sabio aquel que sabe que no lo es.

Sócrates y, hacia la misma época Demócrito, hicieron el mismo descubrimiento ético de forma independiente. Ambos dijeron, en palabras muy parecidas, que “es mejor padecer la injusticia que cometerla”.

Puede decirse que esta idea -al menos si se une al conocimiento de lo poco que sabemos- conduce, como mucho más tarde enseñó Voltaire, a la tolerancia.

CAPÍTULO V

Vuelvo ahora a la significación actual de esta filosofía autocrítica del conocimiento.

En primer lugar, hemos de examinar la siguiente objeción importante. Es verdad -diría alguien- que Jenófanes, Demócrito y Sócrates no sabían nada; y en realidad fue sensato su reconocimiento de ignorancia; y quizás aún más sensato que adoptasen la actitud de indagar o perseguir el conocimiento. Nosotros -o, más exactamente, nuestros científicos- seguimos siendo buscadores, investigadores. Pero en la actualidad, los científicos no sólo buscan sino que encuentran. Y es mucho lo que han hallado; tanto, que el volumen mismo de nuestro conocimiento científico se ha vuelto problemático. Por ello, ¿es correcto seguir basando con sinceridad nuestra filosofía del conocimiento en la tesis socrática de la falta de conocimiento?.

La objeción es correcta, pero sólo a la luz de cuatro puntos adicionales muy importantes.

En primer lugar, cuando se afirma que es mucho lo que conoce la ciencia, esto es correcto, pero aquí se enfatiza el término "conocimiento", aparentemente de manera inconsciente, en un sentido totalmente diferente al de Jenófanes y Sócrates, y también del sentido del término "conocimiento" en el uso cotidiano actual. Pues solemos entender por "conocimiento", *"conocimiento cierto"*. Si alguien afirma "*Sé* que hoy es martes pero *no estoy seguro* de que hoy sea martes", se está contradiciendo, o negando en la segunda parte de su afirmación lo que está afirmando en la primera parte.

Pero nuestro conocimiento científico no es aún conocimiento cierto.

Está sujeto a revisión. Consta de conjeturas contrastables, de hipótesis a lo sumo, de conjeturas que se han sometido a las pruebas más estrictas pero que, con todo, siguen siendo sólo conjeturas. Éste es el primero punto, y constituye en sí una completa justificación del énfasis de Sócrates en nuestra falta de conocimiento, y del comentario de Jenófanes de que, aún cuando hablamos de verdad perfecta, no podemos saber que es verdadero lo que hemos dicho.

El segundo punto, que hay que añadir a la objeción de que actualmente sabemos tantas cosas, es éste: con casi todo nuevo logro científico, con cada solución hipotética de un problema científico, aumenta tanto el número de problemas sin resolver como su grado de dificultad. De hecho, los problemas aumentan más rápidamente que las soluciones. Puede decirse que, mientras que nuestro conocimiento hipotético es finito, nuestra ignorancia es infinita. Y no sólo eso: para el verdadero científico con sensibilidad a los problemas no

resueltos, el mundo se está volviendo cada vez más, en sentido muy concreto, un enigma.

Mi tercer punto es que cuando decimos que hoy sabemos *más* de lo que supieron Jenófanes o Sócrates, probablemente es incorrecto si interpretamos "saber" en sentido subjetivo. Presumiblemente, ninguno de nosotros sabe más; simplemente sabemos cosas *diferentes*. Hemos sustituido unas teorías, hipótesis y conjeturas particulares por otras; sin duda, en la mayoría de los casos, por otras mejores: mejores en el sentido de constituir una mejor aproximación a la verdad.

Podemos denominar al contenido de estas teorías, hipótesis y conjeturas, conocimiento en sentido objetivo, frente al conocimiento subjetivo o personal. Por ejemplo, el contenido de una enciclopedia de física es conocimiento impersonal u objetivo -y por supuesto, hipotético- supera lo que puede conocer el físico más erudito. Lo que sabe un físico -o, más exactamente, lo que conjetura- puede denominarse su conocimiento personal o subjetivo. Ambos -el conocimiento impersonal y el conocimiento personal- son principalmente hipotéticos y susceptibles de mejora. Pero no sólo el conocimiento impersonal u objetivo actual va más allá del conocimiento personal de cualquier ser humano, sino que avanza tan rápidamente que el conocimiento personal o subjetivo sólo puede estar en sintonía con él en pequeños ámbitos y durante cortos períodos de tiempo, viéndose constantemente desfasado en lo esencial.

Esta es la cuarta razón por la que Sócrates sigue teniendo razón. Pues este conocimiento desfasado consiste en teorías que han resultado falsas. El conocimiento desfasado no es conocimiento, al menos no en el sentido habitual de la palabra.

CAPÍTULO VI

Tenemos así cuatro razones que muestran incluso hoy que la idea socrática de que "sé que no sé nada, y apenas esto", sigue siendo muy relevante -quizás más que en la época de Sócrates. Y tenemos buenas razones para deducir de esta idea, en aras de la tolerancia, las consecuencias éticas que dedujeron de ella Erasmo, Montaigne, Voltaire y, posteriormente, Lessing. Pero se siguen todavía otras consecuencias.

Los principios que constituyen la base de toda discusión racional, es decir, de toda discusión emprendida a la búsqueda de la verdad, constituyen los principios *éticos* esenciales. Me gustaría enunciar aquí tres de estos principios.

1. **El principio de falibilidad**: quizás yo estoy equivocado y quizá tú tienes razón. Pero es fácil que ambos estemos equivocados.
2. **El principio de discusión racional**: deseamos intentar sopesar, de forma tan impersonal como sea posible, las razones a favor y en contra de una teoría; una teoría que es definida y criticable.

3. **El principio de aproximación a la verdad**: en una discusión que evite los ataques personales, casi siempre podemos acercarnos a la verdad. Puede ayudarnos a alcanzar una mejor comprensión; incluso en los casos en que no alcancemos un acuerdo.

Vale la pena señalar que estos tres principios son principios tanto epistemológicos como éticos, pues implican, entre otras cosas, la tolerancia: si yo espero aprender de ti, y si tú deseas aprender en interés de la verdad, yo tengo no sólo que tolerarte sino reconocerte como alguien potencialmente igual. La unidad e igualdad potencial de todos constituye en cierto modo un requisito previo de nuestra disposición a discutir racionalmente las cosas. También es aquí importante el principio de que podemos aprender mucho de una discusión, aún cuando no conduzca al acuerdo. Una discusión puede ayudarnos a arrojar luz sobre algunos de nuestros errores.

Así los principios éticos constituyen la base de la ciencia. La idea de verdad como principio regulador fundamental -el principio que guía nuestra búsqueda- puede considerarse un principio ético.

La búsqueda de la verdad y la idea de aproximación a la verdad también son principios éticos; como lo son las ideas de integridad intelectual y falibilidad, que nos conducen a una actitud de autocrítica y de tolerancia.

También es importante que podamos *aprender* en el ámbito de la ética.

CAPÍTULO VII

Me gustaría demostrar esto considerando el ejemplo de una ética para el intelectual, y en especial para las profesiones intelectuales: una ética para científicos, médicos, abogados, ingenieros y arquitectos; para funcionarios y, lo que es más importante, para los políticos.

Desearía presentarles algunos principios de una *nueva ética profesional* principios estrechamente vinculados con los conceptos de tolerancia y honestidad intelectual.

Para este fin, voy a caracterizar primero la antigua ética profesional, quizá caricaturizando un poco, para compararla con la nueva ética profesional que voy a proponer.

Tanto la ética profesional antigua como la nueva se basan, sin duda, en los conceptos de verdad, de racionalidad y de responsabilidad intelectual. Pero la ética antigua se basaba en la idea de conocimiento personal y de conocimiento cierto, por ello, en la idea de autoridad; mientras que la nueva ética se basa en la idea de conocimiento objetivo y de conocimiento incierto. Esto supone un cambio fundamental en la forma de pensar subyacente y, por

consiguiente, en la forma de operar las ideas de verdad, de racionalidad, de honestidad y responsabilidad intelectual.

El ideal antiguo era poseer la verdad -verdad cierta- y, si era posible, garantizar la verdad por medio de una prueba lógica.

Este ideal, muy aceptado hasta hoy, es la idea de sabiduría en la persona, el sabio. No de "sabiduría" en el sentido socrático, por supuesto, sino en el sentido platónico. El sabio que es una autoridad, el filósofo erudito que reclama poder, el filósofo-rey.

El viejo imperativo de los intelectuales es: ¡sé una autoridad!, ¡conoce todo en tu especialidad!.

Tan pronto se le reconoce a uno como autoridad, su autoridad estará protegida por sus colegas; y uno debe a su vez proteger la autoridad de sus colegas.

La antigua ética que estoy presentando no deja lugar al error. Sencillamente no se toleran los errores. Por consiguiente, no han de reconocerse los errores. No tengo que subrayar que esta antigua ética profesional es intolerante. Además, siempre ha sido intelectualmente deshonesta; conduce (especialmente en medicina y en política) al encubrimiento de los errores con el fin de proteger a la autoridad.

CAPÍTULO VIII

Ésta es la razón por la que sugiero la necesidad de una nueva ética profesional, principal, pero no exclusivamente, para los científicos. Sugiero que se base en los doce principios siguientes, con los cuales cerraré la conferencia.

1. Nuestro conocimiento objetivo por conjetura ya cada vez más allá de lo que puede dominar cualquier persona individual. Sencillamente por eso no puede haber "autoridades". Esto vale también en materias especializadas.
2. Es imposible evitar todos los errores, o incluso todos aquellos errores que son, en sí, evitables. Todos los científicos cometen continuamente errores. Hay que revisar la vieja idea de que se pueden evitar los errores y de que por lo tanto es un deber evitarlos, es una idea errónea.
3. *Por supuesto, sigue siendo nuestro deber evitar en lo posible todos los errores*. Pero dado precisamente que podemos evitarlos, debemos siempre tener presente lo difícil que es evitarlos y que nadie lo consigue por completo. No lo consiguen siquiera los científicos más creativos guiados por la intuición; la intuición puede equivocarnos.
4. Los errores pueden estar ocultos incluso en aquellas teorías que están bien confirmadas; y es tarea específica del científico buscar estos errores. La observación de que una teoría o técnica bien confirmada que se ha utilizado con éxito es errónea puede constituir un descubrimiento importante.

5. *Por ello hemos de revisar nuestra actitud hacia los errores*. Es aquí donde debe comenzar nuestra reforma ética práctica. Pues la actitud de la antigua ética profesional lleva a encubrir nuestros errores, a mantenerlos en secreto y a olvidarlos tan pronto como sea posible.
6. El nuevo principio básico es que para aprender a evitar los errores *debemos aprender de nuestros errores*. Por ello encubrir los errores constituye el mayor pecado intelectual.
7. Hemos de estar constantemente a la búsqueda de errores. Cuando los encontramos debemos estar seguros de recordarlos; debemos analizarlos minuciosamente para llegar al fondo de las cosas.
8. Mantener una actitud autocrítica y de integridad personal se convierte así en una obligación.
9. Como debemos aprender de nuestros errores, también debemos aprender a aceptar, y a aceptar *con gratitud*, cuando otras personas llaman nuestra atención sobre nuestros errores. En cambio, cuando somos nosotros los que llamamos la atención sobre los errores de los demás, hemos de recordar que nosotros mismos hemos cometido errores similares. Y hemos de recordar que los mayores científicos han cometido errores. Sin duda no quiero decir que normalmente sean perdonables nuestros errores; nunca hemos de relajar nuestra atención. Pero es humanamente imposible evitar una y otra vez los errores.
10. Debemos tener muy claro *que necesitamos a los demás para descubrir y corregir nuestros errores* (igual que éstos nos necesitan a nosotros*)*; especialmente a aquellas personas que se han formado en un entorno diferente. También esto favorece la tolerancia.
11. Hemos de aprender que la mejor crítica es la autocrítica; pero que *es necesaria la crítica de los demás*. Es casi tan buena como la autocrítica.
12. La crítica racional debe ser siempre específica. Debe aportar razones concretas por las cuales enunciados o hipótesis específicas parecen ser falsos, o determinados argumentos poco válidos. Debe estar guiada por la idea de aproximación gradual a la verdad objetiva. En este sentido, debe ser impersonal.

    Les pido que sigan estas sugerencias. Pretendemos demostrar que también en el ámbito de la ética, se puede formular sugerencias que están sujetas a discusión y mejora.

Notas al pie de página

1. Versión de Nácar-Colunga. B.A.C., Madrid, 1967.
2. Dado que Popper quiere subrayar su versión personal de los fragmentos de Jenófanes reproducidos, se ofrece la traducción de esta versión (inglesa), en vez de una versión estándar (con el margen de infidelidad que supone una traducción de una traducción) (N.T.).
   Esta nota constituye una defensa de mi traducción de D-K (=Diels-Kranz, *Die Fragmente der Vorsokratiker*), Jenófanes B 25: "Sin esfuerzo reina en soberano sobre todo, por su mero pensamiento e intención". Traduzco aquí el verbo griego *Kradainö*(=*Kradaö*) por "reinar", mientras que anteriormente lo traduje por "mover", siguiendo a Hermann Diels, con apoyo en los diccionarios (que no ofrecen la acepción de "reinar" o "dominar", etc.). Obviamente, con "mover el Todo" yo estaba pensando en una teoría prearistotélica del primer motor. Pero esta teoría fue refutada por Karl Reinhardt en su libro *Parménides*, donde optó por la acepción del diccionario de "agitar", que fue aceptada por D-K y, bajo su influencia, por Kirk y Raven, págs. 168 y sigs. (p. 169): "…agita todas las cosas por el pensamiento de su mente") y por Guthrie (*History of Greek Philosophy*, vol. 1, p. 374: "…crea todas las cosas con el impulso de su mente"). Estas sugerencias me parecían imposibles y me llevaron, primero, a buscar el mejor significado en este contexto. Tras decidir que el mejor era "reina", hallé que uno de los significados básicos de *Kradainö (o kraainö*) era "blandir o agitar una lanza", y de Kraain*ö* (kraain*ö*) "blandir o hacer caer al gobernante" (el skeptron o cetro); véase Sófocles, Edipo en Colona, verso 449), y por ello "reinar", "dominar". Parece así que kradain*ö* y kraain*ö* tenían (en ocasiones) el mismo significado fundamental: agitar o blandir una lanza (larga). Sugiero que en ocasiones pueden traducirse ambas palabras por "dominar" y "reinar". Dadas las muchas interpretaciones erróneas de Jenófanes, contra las cuales ya había protestado en vano Galeno, quiero proponer aquí una traducción del fragmento 28. (Fue propuesta -sin yo saberlo- por Felix M. Cleve en The Giants of Pre-Sophistic Greek Philosophy, 2ª. Ed., 1969, vol. I, pp. 11 Y SIGS.) Vemos a nuestros pies la Tierra con sus límites superiores en el aire; con los inferiores llega al "Apeiron".
   Obviamente, "Apeiron", (lo "ilimitado" o "indeterminado") es aquí el principio de Anaximandro, la materia indeterminada o amorfa que llena lo que hoy llamamos "espacio", el mundo. Anaxímenes sustituyó el "Apeiron" por el "aire": Jenófanes estaba en Mileto cuando se debatió este problema, cuando Anaxímenes afirmó, contra Anaximandro, que el Aire no estaba sólo en la parte superior de la Tierra, sino que además le daba apoyo por debajo. B 28 claramente tercia en esta disputa, a favor de Anaximandro y en contra de Anaxímenes: es muy improbable que Jenófanes utilice la yuxtaposición Aire-Apeiron en un sentido distinto al de esta disputa. Que esto no se comprendiese se debe a la autoridad de Aristóteles, quien (como se puede demostrar) no conocía el fragmento B 28 cuando escribió (o dictó) De Caelo 294a21, pero citó con aprobación a Empédocles, quien por su parte había interpretado mal ese fragmento, lo cual tuvo consecuencias de largo alcance. (Véase un próximo artículo mío).